CAPITULO VII

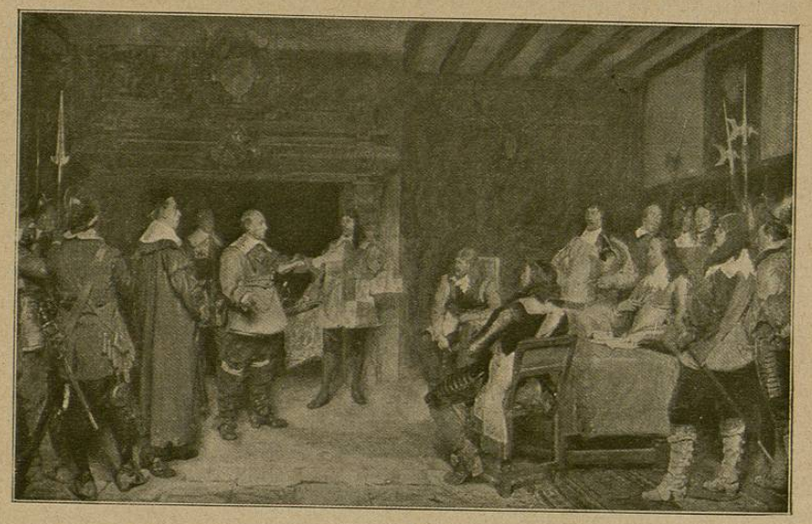
En los primeros días de septiembre de 1643, la causa del Parlamento parecía perdida; pero antes de terminar el mes volvió á cobrar alientos.

Carlos, que había aplazado su marcha á Londres hasta que pudiera apoderarse de Gloucéster, vió que la empresa era más difícil de lo que esperaba. Aunque escasa de víveres, la ciudad resistió valerosamente, enviando mensajes con urgencia á Londres para que se proporcionaran auxilios. Aquel supremo apuro despertó al fin á Essex, haciéndole salir de su indolencia; con varias partidas de Londres, instruídas ya, y los restos de su primer ejército, tomó la ofensiva, y marchando rápidamente hacia el Oeste, el 5 de septiembre llegó á la vista de Gloucéster, que aún se resistía. El rey se retiró al acercarse el enemigo, y la valerosa ciudad fué auxiliada sin disparar un tiro.

En el viaje de regreso á Londres se riñó la primera batalla de Newbury entre Essex y Carlos, batalla que fué tan indecisa como la de Edgehill; pero la presencia de Essex delante de Gloucéster no había sido inútil, pues probó al país que ninguna influencia existía entre los puritanos para inducirles á que aceptasen una paz innoble.

Había, sin embargo, otra razón, además de la energía y recursos de los comerciantes de Londres, para que el Parlamento inspirase de nuevo confianza. Durante algún tiempo habían mediado negociaciones con los escoceses respecto á la unión de las diferentes fuerzas, y en septiembre aquellas negociaciones tuvieron feliz término. En aquel entonces Escocia era presbiteriana; sus sacerdotes tenían el ejército y el pueblo de las Tierras bajas á su favor; ejercían una influencia enorme en los asuntos de Estado, y eran prácticamente dictadores en materia de religión. Los montañeses (highlanders) y muchos de los altos nobles rehusaban reconocer esta supremacía; pero á los ojos de la mayoría de la nación, particularmente de la poderosa clase media, los presbíteros representaban la autoridad superior del país. Aunque en aquella época no hubieran desaparecido las simpatías entre Inglaterra y Escocia, ni hubiese tampoco «unión» en la verdadera acepción de la palabra, los dos países se hallaban demasiado próximos para que una crisis política en cualquiera de ellos no afectase profundamente al otro. Todos los hombres de Estado escoceses sabían que el carácter

del gobierno que al fin se estableciera en Westminster era de vital importancia para ellos. En un principio se limitaron á observar tranquilos la marcha de los acontecimientos; pero á medida que la lucha se hacía más desesperada, comenzaron á urdir poco á poco activas intrigas. Los dos partidos de Inglaterra solicitaban su apoyo; pero tan sólo el Parlamento podía ofrecer lo que el partido escocés dominante necesitaba, es decir, una promesa de apoyo en favor de la religión presbiteriana. Carlos, dicho sea en honor suyo, no quería entrar en tratos sobre la base de una forma de religión que aborrecía, y los escoceses, por su



Carlos I en el sitio de Gloucéster recibiendo á los delegados que en nombre de la corporación se niegan á entregar la ciudad al rey

parte preciso es hacerles también justicia, no querían prestar su apoyo á un rey que no profesase su misma fe. Con los parlamentarios no era difícil encontrar la base de un convenio, pues sus jefes eran presbiterianos; pero los escoceses deseaban que todos los puritanos ingleses se comprometieran á convertirse en presbiterianos antes de que un ejército traspasase la frontera, y esto no querían aquéllos aceptarlo. Largo tiempo y ansiosamente debieron trabajar en Escocia los comisionados parlamentarios antes de estipular un acuerdo (septiembre 1643) que no ofendiera la conciencia puritana y contentase á los escoceses. Al fin se estipuló en 25 del citado mes, y la «Solemne Liga y Convenio» fué firmada por todos los individuos de la Cámara de los Comunes entonces presentes en Westminster, distribuyéndose copias en todo el país.

Aquel acto fué trascendental, y atendidas las diferencias que después surgieron entre los dos países, muy funesto. Cromwell, que firmó el Convenio como

los demás, después se arrepintió siempre de ello, y apenas es dudoso que si hubiera podido prever lo que sucedería, no lo habría firmado. El perjuicio que contra él resultó fué debido á la absoluta imposibilidad de que ningún hombre de aquel tiempo, y mucho menos el que tenía la imaginación ocupada en tan graves negocios, pudiera presumir en modo alguno los sucesos que al fin produjeron el rompimiento entre el ejército y el Parlamento, y fueron causa de la ejecución del rey. En aquella época, 1643, era cosa corriente prometer, en la forma que prevenía el Convenio, «defender y conservar la persona del rey y su autoridad para el mantenimiento de la religión y de las libertades.» Entonces se suponía que el monarca se había equivocado, dejándose ganar por malos consejeros, y que cuando éstos desaparecieran, el rey, rodeado de un partido puritano unido, llegaría á ser, bajo su salvaguardia, el soberano de un pueblo leal. Este estado de cosas, nótese bien, fué el que Cromwell se esforzó para conseguir cinco años después.

Respecto á la primera y más importante cláusula de todas, interpretada por Cromwell literalmente, que era como debían interpretarla los hombres de su opinión, no había contradicción alguna entre la promesa que hizo en 1645 de «conservar la religión reformada de Escocia, y proceder á la reforma de Inglaterra, según la palabra de Dios y los ejemplos de las iglesias mejor reformadas, efectuando así la uniformidad de fe, de culto y disciplina en los tres reinos,» y su acción contra Escocia en 1650.

Cromwell no deseó nunca combatir el presbiterianismo en Escocia, y el texto del Convenio, gracias á los esfuerzos de los comisionados ingleses, no implicaba necesariamente que sus firmantes se comprometieran á establecer dicha religión en Inglaterra. «La uniformidad de fe, de culto y de disciplina» significaba para Cromwell la adopción de precauciones razonables á fin de que se predicaran en los púlpitos las doctrinas de la religión cristiana, «según la palabra de Dios,» y nada más.

Se podrá argüir que los escoceses no perdonaron esfuerzo alguno para que se supiera bien que la principal condición de su auxilio era el establecimiento del presbiterianismo en Inglaterra; y que Cromwell, que no fué nunca presbiteriano ni tuvo intenciones de llegar á serlo, no tenía necesidad de prestarse á semejante política. Los que juzguen así no pueden darse cuenta de la desesperada situación de los negocios, ni tampoco imaginar la terrible responsabilidad en que hubiera incurrido un hombre de la posición de Cromwell si por excesiva delicadeza de conciencia hubiera rehusado las condiciones de los escoceses, empleando todo el peso de su influencia para acentuar las disensiones intestinas que amenazaban ya al partido puritano. Cromwell no era ya simplemente un coronel de regimiento; realistas y puritanos conocían su nombre como el de un soldado que había ejercido mando independiente contra fuerzas superiores en distintas ocasiones, y que, una vez en la batalla, no dejaba nunca de obtener ventajas sobre el enemigo. Aunque sus fuerzas fuesen reducidas en número, se hacían formidables por su calidad y por la manera de conducirlas su jefe; de modo que este último era un hombre notable y de importancia. ¿Cuál era, pues, su deber? Creía, y con razón, que la única probabilidad de éxito para la causa de los puritanos ingleses estaba en que éstos se unieran con los escoceses: Cromwell fué siempre un idealista en su creencia sobre la unión de los pueblos. Allí había oportunidad para unir, por los sagrados lazos del matrimonio, dos naciones que de este modo tendrían grandes intereses comunes. Cromwell, que era sobre todo un hombre tolerante, opinaba que las diferencias entre ambas desaparecerían por el contacto amistoso y las relaciones frecuentes, y que la unión de la verdadera religión «reformada,» agradable á Dios, sería un hecho y una bendición para la humanidad. No vemos motivo para dudar de que Cromwell firmara el Convenio por tales razones y con semejante espíritu, ateniéndose lealmente á él hasta que los presbiterianos ingleses y sus aliados escoceses lo violaron marcadamente por su manera de tratar al ejército; hasta la conducta y política de Carlos convertían en una burla la cláusula que á él se refería. Es cierto que el hecho de firmar un convenio no conduce por sí solo á la unión de pueblos; pero no se puede censurar á Cromwell por no haberlo entendido así, como tampoco lo entendieron los hombres más notables de su época.

Mientras se firmaba el Convenio, cambiaba poco á poco el aspecto de los asuntos de los Condados Orientales por la parte del Norte. Durante todo el mes de septiembre, Cromwell trabajó en la enojosa tarea de convertir á los reclutas en soldados aptos para la lucha, esforzándose al mismo tiempo para inducir á los habitantes del Anglia Oriental á que le enviaran lo necesario para vestir y alimentar á sus hombres. Esto último fué lo más trabajoso. El genio de Cromwell nunca fué á propósito para descender á minuciosidades; pero si se trataba de realizar un propósito determinado, teniendo que arrostrar para ello grandes dificultades, como en el caso en que fué preciso buscar hombres y armas para defender los Condados Orientales, y más tarde cuando organizó el ejército que conquistó el Norte de Inglaterra para el Parlamento, manifestábase toda su energía.

Durante el mes de septiembre escribió muy á menudo á sus diversos Comités con creciente énfasis. A los de Suffolk les dirigió una carta en que decía: «¡Creedme, dentro de pocos días oiréis hablar de alguna tempestad! No tenéis una infantería numerosa, y debéis apresuraros á reunir caballería, pues de lo contrario, en pocas horas podríais perderlo todo.....» Y como posdata añadía: «Si enviáis hombres como los que me proporcionó Essex, de poco servirán; tened cuidado de que los oficiales encargados de conducirlos sean capaces de llegar con ellos hasta donde se halla el grueso de nuestras fuerzas, y de este modo no dudo que los conservaremos, haciendo buen uso de ellos (1).» Con esto parece indicar que era más fácil alistar hombres que no impedir su deserción mientras no se hallasen á la vista de Cromwell.

Esto se confirma en la siguiente carta á su primo, Oliverio Saint John, el abo-

(1) Carlyle, parte II, carta XVI, pág. 134.

gado que defendió á Hampden cuando éste fué juzgado por falta de pago de ciertos derechos sobre navíos; y también podemos citar la alusión que hizo respecto á sus propios soldados, demasiado característica é importante para omitirla, por más que se haya citado tan á menudo. De todas las cartas de Cromwell, en ésta es en la que usa un lenguaje menos comedido. Escribía confidencialmente á un amigo suyo y decíale (1):

«Muy señor mío: No os molestaría sobre asuntos de dinero si no pesara sobre mí demasiado la necesidad en que mis tropas se hallan. ¡Es demasiado el olvido en que me tienen!

»Estoy dispuesto ahora á marchar contra el enemigo, que se ha atrincherado otra vez sobre Hull, por haber sitiado la ciudad lord Newcastle. Muchas de las tropas de lord Manchester se me han presentado, pero en muy mala condición y dispuestas á sublevarse, por lo cual no se puede confiar en ellas, aunque *se les pagó* casi hasta la última semana; las *mías* no han sido atendidas para su sostenimiento, como no sea por los pobres auxilios del condado de Huntingdon. Sin embargo, mis fuerzas van en aumento; tengo buenos soldados y los respetaríais si los vierais. ¡No son anabaptistas, sino honrados y buenos cristianos, y esperan que se les utilice como hombres!

»Si fuese aficionado á escribir á la Cámara cosas amargas, motivo tengo para hacerlo ahora. De las 3.000 libras que se me concedieron, no puedo recoger la parte de Norfolk ni la del condado de Hertford, pues ambas desaparecieron antes de que llegaran á mis manos. Me he cuidado de los servicios de los demás, olvidando el mío propio y las necesidades de mi gente. Yo no puedo ocuparme en buscar; tengo poco dinero mío para ayudar á mis tropas, y los bienes que poseo son reducidos. Os aseguro que el negocio de Irlanda é Inglaterra me ha costado de mil ciento á mil doscientas libras, y por lo tanto, de poco puede servir mi peculio para ayudar á los demás. Vos recibisteis mi dinero. ¡Bien sabe Dios que deseo aventurar la vida, así como también mis soldados; pero no se debe poner demasiado á prueba su paciencia, ni apurarla tampoco! Pensad en lo que pueda ser un verdadero auxilio. Yo creo que se necesitarán 5.000 libras.

»Si os olvidáis de mí y dejáis mi carta á un lado, no espero auxilio de nadie. Rogad por vuestro verdadero amigo y servidor

»OLIVERIO CROMWELL.»

«No se adoptan medidas á fin de mantener las fuerzas de caballería é infantería organizadas para lord Manchester, que no tiene gente disponible (actívese esto cuanto se pueda). Si no se recibe ningún socorro, nos quedaremos sin esas tropas, y todo se habrá perdido, si Dios no lo remedia. Los malos consejos y los actos débiles nos dejarán sin fuerzas. Acordaos de quien os lo dice.»

Así escribió Cromwell el 11 de septiembre, con la amargura del hombre que

(1) Carlyle, parte II, carta XVII, pág. 136.

habla severamente y que comienza á sospechar la falta de formalidad en sus superiores. El 28 escribió de nuevo al Comité de Suffolk; pero esta vez para darle algunas buenas noticias. Aunque Newcastle había encerrado á los Fairfax en Hull, no podía hacer nada por mar: el 20 de septiembre, Cromwell y lord Willoughby, según parece, llegaron en un bote hasta Hull, y allí convinieron en que el hijo de lord Fairfax, Sir Thomas, cruzaría el Humber con la caballería, veinte batallones – de 1.200 á 1.600 hombres, – para ir á reunirse con el ejército que se formaba en el condado de Lincoln bajo las órdenes del conde de Manchester.

Así se efectuó realmente el mismo día, no sin algunas dificultades, y las fuerzas se incorporaron al grueso del ejército, á pesar de la tentativa de los realistas para evitarlo.

Esto permitió llevar á cabo el plan que se proyectaba hacía tanto tiempo para purgar á Lincoln de realistas y avanzar seriamente contra Newcastle. No era demasiado pronto: había comenzado octubre; dos meses más y el invierno pondría fin á la campaña, y si no se hacía algo antes de la primavera, Fairfax podría verse obligado á entregar Hull, lo cual dejaría á Newcastle libre para lanzar todas sus fuerzas contra los Condados Orientales.

Hacía ya mucho tiempo que Cromwell había previsto todas estas posibilidades; si hubiera podido hacer lo que él quería, habría conseguido algo en agosto; pero mediaban los «malos consejos y los actos débiles,» dificultades que no podía dominar. Por esta razón, bien á pesar suyo, debió esperar hasta que el conde de Manchester y Willoughby tuvieron á bien ponerse en marcha y avanzar, lo cual hicieron en octubre. Las ciudades occidentales de Lincoln – Lynn y las demás – habían sido tomadas de nuevo, y el 10 de octubre Manchester «dió orden para que todas las fuerzas, caballería é infantería, fueran conducidas hasta Bolingbroke Hill, donde esperaría al enemigo, porque este era el único terreno conveniente para batirse contra él. Sin embargo, el coronel Cromwell no era partidario de que se trabase la batalla, porque nuestra caballería estaba sumamente cansada por el rudo trabajo de dos ó tres días.»

Difícil es saber con exactitud los detalles de un encuentro de importancia relativamente escasa; mas apenas se puede dudar que la batalla librada al siguiente día (la de Winceby) fué, como operación estratégica, un combate torpemente combinado, aunque, gracias á la hábil táctica de Cromwell, tuvo excelente éxito. Los dos ejércitos cayeron uno sobre otro sin ningún plan de ataque preconcebido; y por lo que dicen las crónicas parlamentarias, «hasta creo que así como nosotros no teníamos noticia de la llegada del enemigo, éste ignoraba también nuestros preparativos de combate.»

En la víspera del encuentro, por la noche, la caballería de Manchester se cansó en escaramuzas que la fatigaron hasta el punto de que no se hallara en condiciones de batirse en aquella ruda jornada. En cuanto á la infantería, llegó al terreno de la lucha cuando la batalla casi había terminado.

En aquel encuentro se dieron grandes pruebas de valor y de la «fuerza de

las armas;» caballería contra caballería, contándose de cuatro á cinco mil hombres por cada parte.

El ejército del Parlamento avanzó «cantando salmos,» siendo su santo y seña «Religión;» mientras que el de los Caballeros era «Cavendish.» Según costumbre, los dragones de ambas partes hicieron una descarga cuando la infantería avanzaba para coomenzar el ataque. Cromwell con su propio regimiento iba á la vanguardia, y habiendo hecho los realistas una segunda descarga, le mataron el caballo; antes de que pudiera montar otro, el ataque de un grupo de caballeros le hizo rodar por tierra y debió quedar gravemente magullado. Cuando se levantó, sus soldados le rodeaban; uno de ellos le dió un caballo y volvió á ocupar su puesto en el regimiento. La carga de este último fué tan vigorosa y bien dirigida, que rompió la primera línea del enemigo, rechazándola hasta la retaguardia y sembrando en ella la confusión. En aquel ataque se vió la diferencia que había entre Cromwell y los demás jefes del Parlamento, en general, respecto á su manera de conducirse en el campo de batalla. Siempre había sido costumbre de aquéllos hacer una suspensión después del primer ataque y dejar al enemigo retirarse en buen orden; pero Cromwell no procedía así. Aunque vió á sus hombres cansados, y aunque él mismo estaba rendido, apenas notó la ventaja obtenida, quiso aprovecharla; durante algunas horas alentó á sus hombres en la persecución del enemigo, y los batallones de éste que intentaban rehacerse eran acosados con tal empeño, que al fin se veían obligados á dispersarse. Se hicieron mil prisioneros y se cogieron treinta y cinco estandartes y dos mil caballos; en el campo de batalla quedaron mil hombres entre muertos y heridos. No todo lo hizo el regimiento de Cromwell, pues éste fué noblemente secundado por Fairfax; pero la vigorosa carga de Cromwell fué la que rompió la línea de los realistas, y su ejemplo convirtió una simple victoria en un completo aniquilamiento del ejército realista.

Aquel mismo día, lord Fairfax hizo una salida de Hull y batió rudamente á Newcastle, siendo el resultado de esto que el marqués, al tener noticia del desastre sufrido en Winceby, mandase levantar el sitio de la plaza, retirándose con su ejército. De este modo el condado de Lincoln, gracias á un golpe oportuno y bien dirigido, quedó libre de enemigos.

CAPITULO VIII

Con la batalla de Winceby y la retirada de Newcastle después de levantar el sitio de Hull, terminó en el Norte la campaña de otoño. Los Condados Orientales quedaban ya tranquilos para todo el invierno; y en la primavera debía llegar el ejército escocés, compuesto de 21.000 hombres, al mando de Lesley, lord Leven. El marqués de Newcastle tendría, por lo tanto, bastante que hacer, y durante tres meses Cromwell estaría relativamente muy desahogado. Pero el Parlamento había reconocido ya la justicia de conferir á un hombre tan útil alguna autoridad y posición oficial, y en el mes de agosto le nombró gobernador de la isla de Ely. Después de Winceby volvió á establecerse en su propia casa y ocupóse en asuntos locales, por supuesto sin abandonar el cuidado de sus soldados, que estaban en cuarteles de invierno, y preparándose para la campaña de la primavera. El principal incidente que conocemos acerca de su vida en aquel invierno de 1643 á 1644 nos revela algo muy diferente de la ordinaria rutina de allegar recursos para la futura lucha y de continuar alentando á la Asociación de los Condados Orientales y de sus comités.

Ely era, como aún lo es ahora, una ciudad con catedral, y su clero fanático partidario de los principios y prácticas de la alta Iglesia, es decir, de un episcopalismo exagerado. A los reverendos varones que le componían les desagradaba mucho que residiera entre ellos el más poderoso abogado de la «Iglesia Reformada,» hombre que no conocía el temor ni el favor cuando obraba según los dictados de su conciencia, y cuya autoridad en su propio condado era absoluta.

Bajo tales circunstancias, interesa y es instructivo considerar un momento la figura del Cromwell á quien sus detractores se complacen, al parecer, en presentar como un severo y lúgubre fanático, consumido por el odio y el espíritu de venganza contra la dignidad de la Iglesia, deseoso de aprovecharse de todas las oportunidades para aniquilar su autoridad y destruir sus posesiones, insultando y oprimiendo á sus ministros, estimulando siempre á sus soldados para que destruyeran sus hermosos y antiguos monumentos, sus esculturas, sus ventanales, etcétera, y constituyéndose, en fin, en el mayor enemigo de la Iglesia en un tiempo en que los enemigos de ésta eran tan numerosos.